mas firmas; pues así que la Duquesa de Mántua estampó su nombre al pié del contrato, huyeron de la cámara como despavoridos.

Seguidamente el coadjutor del Obispo de París se acercó al altar, revestido de las insignias sacerdotales, y dió á Uladislao y á María la bendicion nupcial.

A las tres de la tarde, María de Gonzaga salia del Louvre en un coche cerrado, acompañada de su hermana y de su esposo, y ya reïna de Polonia

---

XIII.

La Mariscala de Effiat no era mujer que se dejase burlar impunemente.

Habia perdido en el juego en que se arriesgaba la futura grandeza de su hijo; pero su venganza debia ser terrible, y parte de ella debia caer sobre el mismo Enrique que, con su ligereza, habia dado lugar á que le huyese aquella fortuna preparada por ella durante tantos años y con tanta paciencia.

En cuanto á Cinq-Mars, ni él mismo era capaz de explicar el desórden de su espíritu.

Hubiera preferido mil muertes á perder á María; pero por nada del mundo hubiera dejado tampoco los alhagos y el amor apasionado de María Delorme, la cortesana que por él se habia encerrado en el retiro de su casa, renunciando á todo para serle fiel.

Sentia Enrique esa doble pasion incomprensible para muchos corazones tiernos, nobles, enamorados, pero tan frecuente en les caractéres débiles é irresolutos.

Muchas veces he oido decir que el corazon se llenaba con un solo amor verdadero; y sin embargo, yo he visto corazones llenos por un doble y ardiente amor.

Esto era lo que sucedia á Cinq-Mars; pero como su naturaleza no era apasionada, poco tardó en consolarse de la pérdida de María y se dejó prender más que nunca en las redes de Marion Delorme.

Sin embargo, Richelieu habia concebido tambien una violenta inclinacion por aquella jóven; se hallaba celoso de Effiat por el triple motivo de disputarle la privanza del rey, la atencion de las damas de la córte y el amor de Marion; se preguntó cómo haria para separarlos y se acordó de que para esto no podia hallar ana aliada mejor que la Mariscala, su adversario de otro tiempo, pero que á la sazon debia aborrecer aquel odioso lazo áun más que él.

En efecto; la irritada anciana, que sólo ansiaba medios de vengarse, se convino á indagar por su parte qué clase de lazos eran los que unian á su hijo con Marion, y pronto supo que era, además de un amor extremado, un matrimonio secreto.

—¿A qué es afligirse tanto, Marquesa? le preguntó Richelieu; ese lazo se romperá.

—¡Oh, Dios mio! ¡Si eso fuera posible!

—No lo dudeis; dejadlo á mi cargo y esta misma noche hablaré al rey.

Despues de esta cruel promesa, se separó el favorito de la Mariscala, prometiéndole meditar y participarle su resolucion para el siguiente dia.

El Cardenal-duque cumplió su palabra; al dia siguiente entraba en la casa que la vieja Marquesa ocupaba en París.

—¡Y bien! exclamó la Mariscala saliendo á su encuentro así que le vió.

—Ya he encontrado un medio.

—¿Un medio?

—Sí; ¿no quereis separar á los dos amantes, á los dos esposos, segun sabemos que lo son?

—¡Oh, no me hableis de eso! exclamó la Mariscala con voz que temblaba de ira.

—Señora, hay que llamar las cosas por su nombre. Vos quereis separarlos, ¿no es verdad?

—A toda costa.

—Pues bien, presentáos al rey, y acusad ante él á la señorita Delorme de rapto y seduccion; ya sabeis que desde el dia de las bodas de la Duquesa de Mántua vive vuestro hijo con ella, cuidándose ya, al parecer, muy poco de ocultar su casamiento.

—¡Oh, sí; para mengua de nuestro nombre, que mi ingrato hijo ha manchado de una manera tan miserable!

—Pues bien, ya tengo dispuesto el ánimo del rey para que escuche vuestras quejas; no perdais tiempo señora; id esta noche á palacio y mañana vuestro hijo se verá separado del objeto de su indigno amor.

—¡Lo haré, exclamó la Marquesa, en cuyos ojos brillaba una cruel alegría; no se burlarán por largo tiempo de mí, y muy pronto sentirán los cruele efectos de mi venganza.

.....

.....

Dos dias despues, y hallándose el marqués de Cinq-Mars al lado de Marion Delorme, algunos agentes de justicia entraron y prendieron á la jóven

En vano Cinq-Mars quiso oponerse; hubo de enmudecer ante una órden del rey.

María quedó aterrada; toda la aspereza de su carácter habia desaparecido, dulcificada por la ternura de Enrique de Effiat; bajo la influencia de aquella ternura, su belleza, que siempre habia sido muy notable, parecia haber adquirido nuevos encantos y sólo se le llamaba en aquella córte, en que vivian las mujeres más hermosas del mundo, *la bella María*

Al verla envolverse en un manto negro para salir, le dijo uno de los agentes de la curia, que era el que parecia tener más instrucciones.

—Podeis, señora, quedar arrestada en vuestra casa si el señor Marqués ofrece, bajo su palabra de honor, que no tratará de visitaros.

—¡Lo prometo! dijo Cinq-Mars contento de poder librar á María de aquel trance afrentoso.

—Os suplicamos, pues, señor Marqués, que os retireis ahora mismo.

El Marqués obedeció á esta invitacion; abrazó á María derramando lágrimas y le ofreció en voz baja volver pronto á verla.

Luego salió.

María le siguió con una mirada llena de desolacion, y cuando desaparecieron los agentes de justicia, sepultó el rostro entre ámbas manos y dijo entre gemidos:

—¡Se vá para no volver¡ !Oh, sí, lo sé, lo siento, no le veré más!

Tenia razon.

En el carácter voluble y lijero de Enrique, no cabia gran resistencia, ni tampoco gran constancia en su amor.

Algunos dias despues, apénas se ocupaba del recuerdo de María, enteramente absorto en los negocios políticos que debian llevarle poco despues al cadalso.

El Cardenal no se descuidó para romper del todo aquel nudo, ofensivo al mismo tiempo á su vanidad y al amor que, sin poderlo evitar, profesaba á María Delorme,

Pocos dias despues del arresto de la jóven, publicó el famoso decreto sobre los matrimonios clandestinos, llamado durante mucho tiempo el decreto de 1639; desde entónces la union de María y de Effiat quedó rota para siempre.

La jóven por su parte, irritada con la frialdad

de su amante que no habia intentado verla una sola vez, procuró desenredarse cuanto ántes de todos los invisibles lazos de la curia y volvió los ojos al sólo amor que siempre habia hallado tierno y fiel; á Ninon de Lenclos.

Esta la recibió con los brazos abiertos.

—¿Ves, le dijo, ves lo que es el amor? ¡Nada, mentira! Mi padre tenia razon al proclamar que sólo se debe rendir culto á los placeres y á la alegría.

—¡Oh, sí! tenia razon; murmuró amargamente María; todo es mentira, todo, y ningun hombre debe ser mirado de otra suerte que como un juguete ó como un instrumento de nuestra diversion. ¡Oh, Ninon! ¡Tú no sabes cuánto he amado yo á Enrique! ¡Si él hubiera querido, mi vida entera le hubiera pertenecido!

—¿Y qué les importa á los hombres qué una pobre mujer les consagre su vida? preguntó Ninon con una risa en la que habia más alegría que amargura; nada, y esto es lo que debiamos enseñar á las demás mujeres para que no hagan caso de sus juramentos; y si tú quisieras, María, se lo enseñaríamos nosotras.

—¿Nosotras? ¿Y de qué modo?

—Abramos una especie de escuela donde enseñemos á todas las mujeres, que quieran venir á aprenderlo, lo que vale el amor y lo que significa para el sexo fuerte; enseñémosles lo que debe significar para

nosotras, y de este modo no estaremos sin defensa en adelante contra sus ardides.

—¡Ay! exclamó María meciendo tristemente la cabeza; ¿y de qué servirá á mi desgracia la propagacion de esas doctrinas? ¿Remediarán ellas el dolor que me está matando, que ha secado en mí las fuentes del sentimiento? Ya no soy la que era; mi fortaleza, mis creencias, todo acabó. Ya no tengo esperanzas en el porvenir ni aguardo dichas en el presente; déjame, pues, que descanse algun tiempo y que poco á poco me vaya acostumbrando á la vida; mi amor me habia separado de lo positivo; ahora déjame que me vaya connaturalizando de nuevo con lo cierto, y que olvide aquellas ilusiones que me hicieron tan dichosa.

Ninon comprendió que aquella pobre alma estaba profundamente herida; aquella era la ocasion más propicia para hacer de Marion Delorme una mujer honrada; apénas contaba diez y ocho años y á esta edad aun fructifican en el alma las semillas de la virtud; pero ¡ah! que nadie se encargó de sembralas porque la amiga de María habia nacido con una irresistible inclinacion al libertinaje, aumentada por la deplorable educacion que debia á su padre, que era uno de los más entusiastas adeptos á las escandalosas doctrinas de Epicuro.

Aquel dolor se fué, pues, amortiguando por sí mismo. María Delorme era demasiado orgullosa para

llorar largo tiempo por el iugrato que tan poco empeño habia puesto en recobrar su cariño, ni áun en en volverla á ver. y bien pronto se consoló de su pasado dolor con los homenajes de los hombres más ilustres y distinguidos que encerraba entónces la córte de Francia.

No habian pasado seis meses desde la ruptura de los lazos que la habian unido con Cinq-Mars, cuando cediendo á los deseos de su amiga Ninon, abrieron una escuela ó academia que ambas presidian y que denominaron de la *Razon*: aquellas dos jóvenes, la una de diez y ocho años y de diez y nueve la otra' eran las que presidian, explicando Ninon de Lenclos, cuyo talento aventajaba mucho al de su amiga, las perjudiciales y escandalosas doctrinas de Epicuro estas doctrinas se reducian á la explicacion de varios puntos, entre los cuales mencionaré algunos para la inteligencla de mis lectoras, que tal vez no saben todo lo vergonzoso de aquellas máximas.

En aquella extraña academia daban las dos jóvenes cortesanas lecciones que enseñaban que todo es mentira en este mando, ménos el placer.

Que los impulsos naturales son los que se deben seguir siempre, y que el amor, la amistad, el dolor, los celos, todos los sentimientos, en fin, que por su misma fuerza é intensidad llamamos pasiones, son sólo sensaciones á las que no se debe dar otra importancia que la del momento.

CAPILLA ALFONSINA

Los que asistian á estas lecciones puede suponerse quiénes serian; ninguna mujer pisaba tan vergonzso lugar y los oyentes eran todos jóvenes que despues se dieron á conocer por su disipacion y el escándalo de sus aventuras.

De esta suerte pasaron algunos años, que dejaremos correr, en la vida de las dos amigas, para ocuparnos de la suertede la Mariscala de Effiat y de su hijo.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XIV.

Un dia corrio por París un fúnebre rumor.

El jóven, hermoso, elegante y magnífico marqués de Cinq-Mars, fué prendido en su casa y encerrado en la Bastilla como reo de alta traicion.

—¿Qué es lo que ha hecho? se preguntaban consternadas todas las damas prendadas de las gracias del caballero más elegante y gallardo de la córte.

El interpelado, ó se encogia de hombros en señal de ignorancia, ó murmuraba con terror:

—¡La Fronda!

María Delorme, que no habia querido dejar su casa, y que sólo tenia de comun con su amiga Ninon la academia, fué corriendo á la de aquella, y le preguntó tambien pálida y consternada:

—¿Qué es lo que ha hecho?

—Veo que aún le amas, respondió Ninon, encogiéndose de hombros; ¿qué te importa, si ya no te estima en nada, que viva ó muera?

—Tanto me importa, respondió María con voz lúgubre, que quisiera morir con él.

—¡Morir con él! repitió Ninon, soltando una franca y alegre carcajada; ¿sabes qué es lo que le ha conducido á la Bastilla y le llevará á la muerte? Su rivalidad con Richelieu; su empeño en galantear á todas las damas del Cardenal, de sobrepujarle en lujo y ostentacion, de eclipsarse en todas partes: el Cardenal es su enemigo y el Cardenal acabará con él.

—¿Es el Cardenal su enemigo? preguntó María, como inspirada por un pensamiento repentino.

—¡Sí, es su enemigo, irreconciliable, eterno! Por desgracia el haberse alistado Cinq-Mars entre los partidarios de la Fronda ha dado lugar á las acusaciones de Richeliu.

—Pero, ¿qué es la Fronda?

—Nada entiendo de política, amiga mia, pero debe ser algun partido que no es muy adicto al rey, por cuanto éste le persigue: muchas persona ilustres de Francia se han alistado en él; la duquesa del Maine es como si dejeramos su jefe; pero á nadie se persigue con tanto rencor como al desdichado Cinq-Mars.

—Yo procuraré hacer algo en su favor, dijo María muy pensativa.

—¿Tú? ¿Y qué puedes tú hacer, mi pobre María?

—¿No sabes que me ama el Cardenal?

—No llames amor á lo que sólo ha sido un capricho que ha durado porque no lo podia satisfacer, pero del cual quizá ya no se acuerde.

—Se acuerda, repuso María con seguridad.

—¿Se acuerda? ¿Lo sabes?

—Lo sé; esta misma noche iré á buscarle y le diré; prometo amaros si salvais á Cinq-Mars.

—¡Mi pobre María, dijo Ninon abrazando á su amiga, jamás serás lo que yo quisiera que fueras; pero jamás tampoco podré dejar de amarte por tu nobleza, por tu generosidad; vales mil veces más que yo, porque yo en tu lugar hubiera olvidado para siempre al ingrato que me abandona; haz lo que quieras, y si salvas al hombre que amas, tomaré una gran parte en tu felicidad!

Pocos dias despues de esta conversacion, Cinq-Mars era trasladado desde su calabozo á otra habitacion más cómoda de la prision de Estado; al mismo tiempo se empezó á llamar á María Delorme, por los jóvenes depravados que componian su córte, la *señora Cardenala*.

—¿Por qué te llaman así? preguntó Ninon á su amiga.

—Porque Saint Evremont me ha visto salir dos veces de casa del Cardenal, y aunque iba disfrazada de paje, me reconoció; poco me importa cuanto puedan decir; ¡ojalá que lograra conquista la dicha de ver á Enrique aunque fuera conquistando á la vez otro apodo más odioso!

—¿Y no tienes esperanzas de conseguir una órden del Ministro para alcanzar eso que llamas una dicha?

—No; dos veces se la he pedido y me la negado absolutamente; ¡ah, no sabes tú aún quién es Richelieu!

—Y si nada consigues, ¿por qué le sigues dispensando tu tiempo?

—Voy á dejarle, respondió María, y no lo he hecho ya, porque temo mucho por la suerte de Enrique.

María Delorme tenia razon; era el Cardenal un déspota terrible, cuyo retrato completo daremos en la leyenda de *Ana de Austria*, y tan implacable en sus ódios como ciego en sus amores.

Habiéndole amenazado la jóven con su abandono, el capricho que habia concebido por ella le aconsejó que buscase un medio de conciliacion, y le ofreció una entrevista con el desgraciado Cinq-Mars.

Maria la aceptó con una gratitud que hizo ver al Ministro de Luis XIII hasta qué extremo amaba aún la jóven al prisionero de Estado, y desde aquel instante quedó decidida la muerte de Enrique.

María abandonó, para ir á la Bastilla, el traje de paje que habia usado para acudir á las citas del Cardenal, porque hallaba una especie de amargo placer en hacer un alarde de su pasion.

Cuando entró en la prision de Cinq-Mars y éste levantó la cabeza, que tenia oculta entre las manos, la cortesana dejó escapar un grito de dolor.

Habian pasado catorce años desde su intimidad.

María tenia treinta, y su antiguo amante treinta y seis; pero Enrique aparentaba mucho más, y María algunos ménos.

—¿Sabeis algo de la reina de Polonia? fué la primera palabra de Enrique de Effiat.

—Sí, respondió María; sé que ha enviudado de Uladislao, y que se vá á casar de nuevo con Juan Casimiro, heredero del trono; por cierto, Enrique, que es muy extraño que no haya hecho lo que debia para sacaros de esta prision y elevaros hasta ella ¡Ama sin duda mucho más al trono que á vos! ¿Pero qué debe extrañarse ésto, cuando yo os amo tanto por lo ménos como vos la amais á ella tan ingrato é inconstante como sois?

El Marqués no oyó estas palabras; tan absorto y afligido le habia dejado la noticia de la libertad de la reina de Polonia, libertad qne ella iba á enajenar nuevamente.

Despues de algunos minutos de amargo silencio, María venció al fin el profundo dolor que la atormentaba, y trató de infundir alguna esperanza en el ánimo de Cinq-Mars, lo que no le fué muy difícil, porque la inconstancia de las impresiones, parecia encarnada en el carácter de aquel hombre desgraciado, una de las víctimas más ilustres de la emulacion de Richelieu.

—¿Queréis que mejore de algun modo esta habitacion? preguntó María á Cin-Mars, tendiendo una

mirada triste por el pobre y desmantelado aposento que ocupaba; ¿queréis que os envie tapices, asientos más cómodos, un lecho mejor? Hablad, Cinq-Mars; soy rica; todo lo que poseo es vuestro..... Decidme qué es lo que deseais.

—Sólo deseo la libertad, respondió el preso; la libertad, y saldré de la córte; decidlo así al Cardenal y rogadle que se lo haga saber al rey; ¡oh, aquí me ahogo, me muero, María, y si apresurais el tiempo en que yo pueda ver el sol de la libertad, os deberé mi vida!

María se despidió de él, rogándole que tuviese esperanzas; ella misma las abrigaba, y el Cardenal las confirmó en la visita que le hizo aquella misma noche.

Diez dias despues, el marqués de Cinq-Mars, subia al cadalso, que, enlutado y sombrío, se alzaba en la plaza de la Greve; el Cardenal no podia perdonarle que fuese amado con tanta pasion por María Delorme.

Para dar á aquella ejecucion una apariencia de justicia, Cinq-Mars no murió sólo; y al dar cuenta del proceso al parlamento, no le acusó de *frondista*, sino de haber dirigido un complot contra la vida del rey.

Cinq-Mars murió como un cristiano, y como un noble caballero; fué al cadalso magníficamente vestido, cubierto de encajes y joyas, y espiró pronun-

ciando el augusto nombre de María de Gonzaga, reina de Polonia.

El dolor de la Mariscala de Effiat fué tan tremendo, que conmovió á toda la córte; pidió en vano muchas veces ver al rey, que siempre se negó á recibirla, temiendo dos cosas; el mal rato que iba á darle aquella anciana, á cuyo hijo no queria Richelieu que perdonase, y el enojo del mismo Richelieu por haberla recibido.

La Mariscala y María Delorme siguieron á Cinq-Mars hasta el cadalso; la anciana señora se apoyaba en el brazo de la jóven cortesana, porque el dolor iguala todas las jerarquías.

Cuando el verdugo descargó el golpe fatal, la Mariscala se desmayó; María permaneció firme como una fuerte roca que resiste los ímpetus de la tempestad y sostuvo á la desgraciada madre. Pero si su cuerpo no se doblegó, su corazon quedó convertido en polvo y su pecho vacío como un sepulcro.

Cinq-Mars habia sido su primero y su único amor.

La Mariscala cayó postrada al peso de su aguda pena; si hay celebridades de dolor, la Marquesa de Effiat debia tener lugar entre ellas, porque jamás madre alguna ha sido más amargamente defraudada en todas sus esperanzas de felicidad y de grandeza.

Cuando recobró la salud instó á María para que

uese á partir con ella la soledad de su castillo señorial

—Venid, le dijo; vos, que le habeis amado tan verdaderamente, venid á llorarle conmigo; sois mi hija por su amor hácia él, y ojalá que jamás hubiese accedido á las sujestiones del infame Cardenal, rompiendo el lazo que os unia!

María rehusó; no era el temple de su alma propio para que fuera dichosa en el retiro y en la soledad; la Mariscala partió sola y aún sobrevivió algunos años á su dolor.

XV.

No abandonemos á María Delorme, cuya historia vá ya tocando á su fin.

Los excesos de su vida datan, sobre todo, desde la muerte de Cinq-Mars; parecia que trataba de vengarse en la naturaleza entera, de la pérdida de su amor.

Desde luego rehusó volver á ver al Cardenal, á pesar de las hipócritas protestas de éste de que habia querido salvar á Enrique sin haber podido conseguirlo.

Cada vez que María oia pronunciar el nombre de Richelieu, se extremecia de terror.

El Ministro mandó que le dijesen un dia que tal vez podria arrepentirse de su dureza para con él.

—Decidle, respondió María al que le habia trasmitido aquellas palabras, que le desafío á que se vengue ya de mí.

Sin embargo, la venganza tardó seis años, pero llegó, porque el Cardenal-duque no perdonaba jamás.